

dades desengañando al pueblo. Fueron claros porque fueron ante todo fieles, convencidos y substancialmente independientes, pues sabían que si la autocracia tendría *defensores*, no tendría *defensa*. Al través de los modales, las jerarquías, los harapos y el oropel, supieron distinguir lo real, lo efectivo y sus miradas de iluminados supieron vislumbrar más allá de todos los pactos políticos y la espantosa apatía nacional, lo positivo, lo justo, lo necesario, la resolución del problema gravísimo del primer paso, la hora de la guerra inevitable y redentora. Y si en la gran hora, en la gran prueba, no fueron los únicos, fueron sí durante toda la gran tragedia, hasta el momento mismo en que sus sangres juntas vinieron a firmar su desenlace, los dos grandes, inseparables e ideales consortes de la Democracia Mexicana.

No sé quien dijo estas sabias palabras: "¿quereis poner a prueba la bondad de un hombre? Dadle poder". Nada es más fácil que ser bueno cuando no se puede ser malo. Madero y Pino Suárez supieron ser perfectos en su vida privada y fueron sublimes en el ejercicio del poder público.

JOAQUÍN ARELLANO.

(Tomado de "El Independiente" de Buenos Aires.)

LA ULTIMA CARTA DE PINO SUAREZ.

Febrero 21, 1913.

"Querido Serapio:—Dispensa que te escriba con lápiz y en burdo papel. No te apenes si te digo que tal vez no nos volvamos a ver. Como tú sabes, hemos sido obligados a renunciar nuestros respectivos cargos. Pero no por esto están a salvo nuestras vidas. En fin, Dios dirá; por

ahora te recomiendo que si algo malo me acontece, procures ver a mi esposa y consolarla. La pobrecita ha sufrido mucho, pues tú sabes cuánto nos hemos querido.

"Me resisto a creer que nos inflijan daño alguno después de la humillación de que hemos sido víctimas: ¿qué ganarían ellos con seguirnos afrentando?"

"Al presente, la condición que guardamos es trágicamente sombría. El cuarto que ocupamos tiene una claraboya que mira al patio; la luz entra con timidez cual temerosa de ser también aprisionada. Dos catres de lona nos hacen veces de lecho; el del Presidente es más angosto que el mío y anoche hicimos un cambio. Dos sillas desvencijadas componen nuestro mueblario. Hoy en la mañana tuvimos que suplicar mucho para que se nos trajera una sartén con agua para hacer abluciones matinales. A la puerta hay dos centinelas de vista que día y noche nos vigilan: cada dos horas son relevados con estrépito de sables y espuelas. No me gusta la cara del sargento, es cara de hiena con ojos de tigre. Cada vez que nos mira nos insulta con la mirada. ¿Ya comieron éstos?—preguntó al medio día a uno de los centinelas.

"Si puedes manda un telegrama a O. M., que se halla en su hacienda cercana a Mérida. Cuéntale los hechos, dile toda la verdad de lo que ha pasado, según te lo permita la brevedad de un telegrama: y si viene a ésta, apresúrate a verle y llevarle a mi esposa, pues si algo trágico me acontece ya sé que él, por ser pariente cercano, le servirá de abrigo.

"Tengo en los cajones de mi mesa algunos manuscritos que en nada se relacionan con la política, pues son esbozos literarios escritos a vuela pluma. Procura conseguirlos del sub-secretario, que conoce el número de la llave. Si los obtienes hazme el favor de entregárselos a mi esposa. No quiero que se hagan perdedizos o vayan a ser vistos por ojos profanos. El tomito llamado "Constelaciones" escrito en papel azul, lo hallarás en el fondo del cajón a la derecha, bajo varias cartas de carácter privado. Si te es posible recoge éstas también, pues son do-

cumentos de familia que no tienen para extraños interés ninguno.

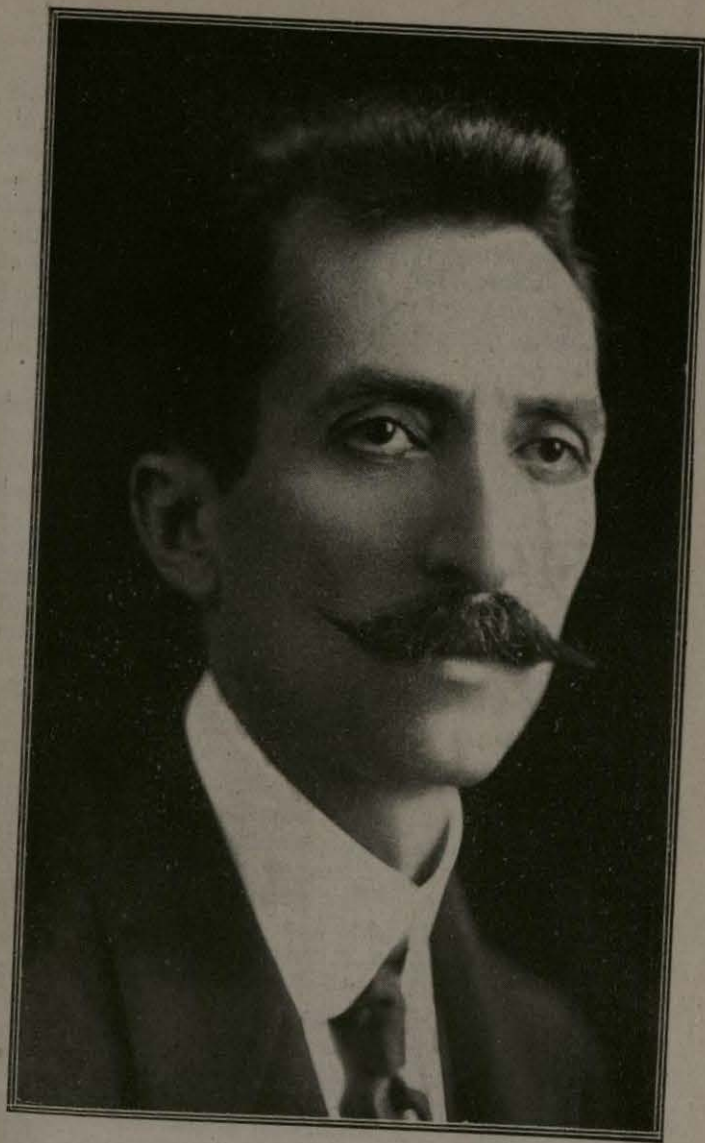
"Se nos tiene prohibido el recibir visitas o comunicaciones por teléfonos o correspondencia con el mundo exterior; y si llega a tus manos la presente, será por la bondad de T...., a quien tú conociste en Palacio. Si pierde su humilde empleo, te lo recomiendo para que nada le falte a su familia.

"Dícese que mañana se nos conducirá a la Penitenciaría, donde se nos están preparando habitaciones. Si son tan angostas como la que aquí tenemos, preferimos permanecer aquí. El Presidente no es tan optimista como lo soy yo, pues anoche al retirarnos me dijo que nunca saldríamos con vida de Palacio. Me guardo mis temores para no desalentarle, mas hay momentos en que las sombras de la muerte aletean a la cabecera de mi lecho, despertando sobresaltado. Pero ¿tendrán la insensatez de matarnos? Tú sabes, Serapio, que nada ganarían, pues más grandes seríamos en muerte que hoy lo somos en vida. Con un abrazo cariñoso se despide de tí tu amigo del alma.

JOSÉ MA. PINO SUÁREZ.

A las interesantísimas revelaciones del señor Ministro de Cuba, agregaré algunas de mis notas de viaje apuntadas en abril de 1913, después de controlar las declaraciones de diversos personajes en la Habana, Washington y Nueva York.

El Embajador Americano dió todo su apoyo al golpe de mano. Había solicitado de Madero diversos servicios y concesiones que siempre le fueron negados. Pero si odiaba a Madero, detestaba particularmente a Pino Suárez. Llamaba a don Porfirio "my personal friend" y la Embajada ostentó siempre dos grandes retratos del anciano ex-presidente. Cuando la señora de Madero, encontrándose preso el Presidente, logró hablar con el Embajador, que todo el mundo consideraba como el ár-



bitro supremo en aquellos terribles momentos, Henry Lane Wilson declaró insolentemente: "A su marido de usted no le pasará nada, pero en cuanto a Pino...ese es el Jefe de la Porra..." Aquella declaración en tan trágicas circunstancias, equivalía a una sentencia de muerte. La angustiada señora, que había ido a reclamar la vida de su marido, intercedió horrorizada: "Pero, señor Embajador, el Vicepresidente no es un criminal... además, tiene esposa e hijos. Usted no puede disponer así de su vida..."

El Embajador exigió personalmente las renunciaciones del Presidente y del Vicepresidente, amenazando con el desembarque inmediato de tres mil marinos, pues conocía la susceptibilidad patriótica de los hombres que había resuelto derrocar; pero Madero no cayó en el lazo y de ahí su famoso mensaje a Taft, quien contestó en el acto que era falso que los Estados Unidos tuvieran la menor intención de intervenir, reprendiendo a Wilson y dirigiendo a Madero copia de dicha reprimenda, lo que enloqueció al irascible Embajador resolviéndolo a lo último: la traición descarada de los generales. Madero, con su habitual franqueza, lanzó estas palabras al rostro de aquel extraño Embajador: "Conozco sus manejos. No crea usted que me está engañando". Una vez presos el Presidente y el Vicepresidente, la señora de Madero suplicó a Lane Wilson que pasara un mensaje de la señora madre del Presidente dirigido al Presidente Taft en solicitud de garantías para la vida de su hijo. El Embajador interceptó el telegrama y trató a la honorabilísima dama con grosera altanería, sin tener en cuenta su propia posición diplomática, ni la angustia y el rango de la esposa del Presidente de la República.

Volviendo a lo de la amenaza de intervención, que tanto alegraron los felixistas de la Habana, de Nueva York y de París, para justificar la abominable traición de Huerta, debe recordarse que el Cónsul Americano en Veracruz, *dos días antes de la traición*, hizo publicar la declaración categórica de Taft de que el Gobierno mexicano

estaba en un error (la frase, según entiendo, se repetía dos veces) pues los Estados Unidos permanecerían neutrales.

En cuanto a la hipócrita encuesta que el famosísimo "Presidente Blanco" (¡irrisión! Presidente Rojo) ofreció hacer sobre aquellos infames asesinatos, aquí, en Nueva York, donde escribo estos apuntes, todo el mundo se pregunta con peculiar "humour" yanqui, cómo puede hacerse escoltar un automóvil por jinetes, suponiéndose que los caballos mexicanos llevan nafta en la barriga y admirándose de que el Gobierno hubiera avisado a los porristas la hora y el tránsito de aquel fúnebre viaje... (1)

(1) Cuando este blanco pero siniestro personaje dejó la Presidencia Interina de la República, en la cual había sido puesto no por la voluntad nacional aún inconsultada, sino por la voluntad de Madero, en aquel momento omnipotente, pronunció estas palabras en la estación de Buenavista: "Más difícil es no matar que matar." Tan nobles eran aquellas palabras, tan sincero nuestro anhelo de legalidad y conciliación, que todos los maderistas las aplaudimos sin reserva. A de la Barra, nuestro presidente interino, como a Madero nuestro jefe nato, no les pedíamos otra cosa: EL RESPETO A LA LEY. Que algunos periódicos lo atacaron, sí; el desenfreno era general y todo el mundo pagaba el noviciado; sabíamos que su administración, preludio del drama que se desarrolló más tarde, hacía obra de zapa, era hipócrita, turbia y capciosa; la administración de un jesuita torpe (rara cosa). El régimen de aquel malvendido común-de-dos, podría representarse con un blanco puñal escondido bajo la toga roja de un magistrado y el tápalo verdoso de una beata, todo dispuesto a prostituirse bajo el estupro del primer artillero que se dignase amparar aquellas impotencias. Entretanto llegaba el artillero, de la Barra marchó con García Granados tan dócilmente como la pantufla de este podestá-caricatura, insolente y rehacío. La pantufla de García Granados: tal fué de la Barra-Presidente. La pantufla de Huerta: tal fué de la Barra-Ministro de la Traición. Destituido más tarde, Ministro en París, este hombre-pantufla, declara con inepta ironía que Wilson, "el puritano," se halla a Zapata "el bandido." Qué raro suenan estas palabras "puritano" y "bandido" en labios de semejante hombre! "Con mi responsabilidad, que no se mate; sin mi responsabilidad, que sí se mate." Puritano o bandido, cualquiera puede escupir al cielo....

Conocí a este hombre, no en la cinta azul de las hijas de María ni tampoco en la cinta tricolor de la Presidencia de la República; lo conocí en una cinta.... cinematográfica. La vista se anunciaba: "El señor Presidente depositando su voto electoral." Por una arboleda, el Presidente se encamina hacia acá, seguido de funcionarios civiles y militares. Al llegar frente a la urna, uno de sus ayudantes le toca con el codo, advirtiéndole la presencia de un fotógrafo.... y en el acto, el hombre, visiblemente turbado, endereza su torso, recoge

¡Viva el ídolo de los extranjeros! exclama el Embajador Americano refiriéndose a Félix Díaz, según el relato del Ministro de Cuba. Satisfecho de su obra, Henry Lane Wilson exageró indudablemente, pero aquel grito era un símbolo, pues Félix era, en efecto, no sólo "Buche de Aire" que recuerda el Ministro de Cuba, sino también el candidato de los extranjeros. El asturiano Inigo, el judío Samuel o David, el patán Reynaud hacían farándula con Pearson y Henry Lane Wilson. La pacota germana, el calicot barceloneta, el ultramarino de Gijón, otras tantas velas para un solo cirio. Aquel nuevo inoportuno, aquella nueva edición de Bernardo Reyes, no era el "ídolo", —pues no obstante su ignorancia, aquellos colonos no eran unos idiotas para adorar a semejante ídolo, —pero sí era el candidato de los extranjeros. Félix no era el ídolo de nadie, sino el instrumento de los extranjeros y la esperanza de sus amigos. Sus rasgos fisonómicos, tan vulgares como su apellido, recordaban los de aquel gran anciano que durante treinta y cinco años repartió palos y favores, inagotable fuente a la vez que resumen de todo género de faltas y miserias. El hombre no tenía otro título para reunir aquellos sufragios que parecían inconciliables. ¿Antecedentes? Tan ilustres como los de Carballeda, Chavez, Villavicencio o cualquier otro polizonte. General como cualquier otro, había arrastrado su espada por las calles de Plateos o colgádola, tantas veces, en tolerantes percheros de los lúbricos gabinetes de canapé. "Félix". El prócer asturiano, el camarero gallego, jamás lo conocieron por otro nombre. El fusilazo de 1910 vino a sorprenderlo en plena calma. Debía su grado, ¿a quien? ¿A la guerra?

... sus músculos para establecer una actitud cómicamente porfiriana y llevando en seguida las enguantadas manos al eucarístico bigote, lo arrisca y lo arregla mientras sus acompañantes, también pendientes de la importante operación fotográfica, le ofrecen torpemente un boletín....

La traición, desde entonces, ya estaba en cinta....

Nó. Su pacífica espada estaba limpia, más resplandeciente aún que aquella famosísima de don Bernardo. Si debía su espada a la paz, en la vaina debía seguir. El hombre era lógico. Dejó la vaina en el perchero y soñando en la bendita paz, siguió en su canapé, bota al aire. ¿Que todo lo debía a su tío? ¿Que aquel mequetrefe de Madero amenazaba derrocarlo? Ahí estaba Garcia Cuellar. Se le ofrecería, al regresar de Casas Grandes, tal como lo hace el Kromprinz con los defensores de su padre, una espada de honor. Pero ir él, o el Capitán Porfirito, o el "Chato", también recientemente graduado en el Estado Mayor, ir ellos a batirse con aquellos salvajes maderistas? ¡Ca! El era hombre de paz y guardaba su espada, como su sangre, para más altos destinos....

¿Recordais aquella alegoría de Victor Hugo? Un hombre, un soldado, durante largos años, arrastra su espada envainada por los asfaltos de las capitales, porque experimenta un vago sentimiento de que al sacarla al sol, muchas espadas caerán sobre su cabeza. Pero de repente se apercibe de que cuando él la saca, los demás la envainan. Y entonces, todos sus feroces instintos se despiertan y aquella espada troncha cabezas, atraviesa corazones; aquel jaiba cobra bríos de cazador de leones, acomete, machetea, perfora, hunde....

La reacción buscaba un héroe y lo buscó por todas partes. Después de Reyes, después de Orozco, ¿quien? Alguien, que no se llamaba Arquímedes, dijo: ¡Félix! y fueron a verle: "Mire usted, general, Madero no mata. Todos los generales marcharán con usted, Blanquete inclusive. Pan comido. Además, en Veracruz es fácil la huida, una carrerita al muelle...." Pero Beltrán, que fué mandado antes de Blanquete, *traicionó*.... y aquel corazón cargado de odio fué a dar contra los espesos muros de Ulua....

Había puesto en su programa "Paz y Justicia", invirtiendo lamentablemente el orden. Ahora, le hacían justicia y lo ponían en paz. Pero aquella paz no podía convenirle. A él la paz que le convenía era la de su tío....

y por eso nó quiso turbarla.... contra Madero que hacía la guerra, pero sí la turbó.... contra Madero que quería la paz. ¿Cómo explicar tanta incoherencia sin puntos suspensivos? Incoherente, incompleta, bufa, de todas las figuras recientemente surgidas, la escueta y pobre de Félix Díaz es la que más se resiste al análisis. Félix es, con el amadado Barra, el típico y genuino producto de la educación porfiriana.

Los maderistas lo llamaron ingrato, infame. Los reaccionarios lo apellidaron "Héroe de la Ciudadela." Todo falso. Ni ingrato, porque nada debió a Madero que no hizo gracia ninguna con no asesinarlo; ni héroe, ni nada. Como el cangrejo: ni pez, ni colorado, ni anda para atrás.... Está usted preso entre cuatro muros, con la probabilidad de seguirlo estando por muchos años. Entregado a la desesperación y al tedio, un grupo de amigos, armados de fusiles y cañones, abre la puerta de su prisión y lo invita a salir para tirarles de balazos a los que lo han puesto en ella, con la posibilidad de suplantarlos. El preso que rechace semejante proposición, ese sí afirmó que es un verdadero héroe. Pero así se tratan hoy día las palabras en México. Aunque no sea más que por simple buen gusto, por amor al restablecimiento de la verdad estética, acaba uno por desear que el sanculotismo nordista venga a acabar de un golpe con el malarabismo metropolitano, empeñado en imponernos el culto de estúpidas medianías. "Ya estamos hartos de monederos falsos, —exclamamos con Carlyle— de hoy en adelante no nos fiaremos de nadie ni de nada; tal es la inundación de plata falsa y de metal dorado en los altos puestos y mercados públicos, que es general la creencia de que el oro no existe." Per eso se desconoció a Madero, porque nadie creyó posible que la generación porfiriana pudiera producir un hombre puro y macizo como el cristal de roca! Los Félix, los Reyes, los Barra, los Orozco, los Huerta, los Elguero, los Aguila, los Solcaudillos, caudillazos y caudillejos, el maridaje del eufemismo y la hipérbole, la mixtura de la espada y la pluma,

la costra informe y dura de confusión, nos impidieron ver en el centro de aquel caos, un corazón, un enorme corazón donde a la luz de una conciencia soberana trabajaron las indomables energías de un profeta que predicó maravillas con ingenua y rapsódica elocuencia, porque amó a su país, de veras, y con todas las fuerzas de su alma. (1).

(1) De una carta que el General Mondragón dirigió a Félix Díaz con fecha 26 de Junio de 1913 y que "El Heraldo de Cuba" publicó en Mayo de 1914, extraigo estos sugestivos párrafos:

"Cuando los periódicos anunciaron la ruptura del "Pacto de la Ciudadela," entendí desde luego la turbia maniobra en que lo había metido Rodolfo Reyes; pero aunque la intriga se había urdido con el cordón de la más increíble ingratitud, preferí callar y me resigné abnegadamente a que sobre mí se descargaran todas las responsabilidades de la presente situación. Pero ahora es distinto. Pronto abandonaré las playas de mi patria, y aun cuando me propusiese lo contrario, cualquier trabajo mío resultaría ineficaz. Por eso mis palabras, lejos de tener finalidad política, son únicamente la expresión dolorida de quien tiene "sabor amargo en la boca" y da libre curso al justísimo resentimiento que lo embarga.

Usted sabe que lo que conmigo se ha hecho, además de ser ingratitud, envuelve enorme falsedad. Yo no soy el único responsable del recrudecimiento de la guerra civil. Los autores del presente estado, somos "todos", y principalmente usted, que careciendo de popularidad, se obstina en ser el próximo Presidente de la República. También se encuentra en primera línea de la culpabilidad, Rodolfo, que con sus constantes manifiestos, declaraciones e intrigas, no cesa en su trabajo funesto para la Patria.

Por lo demás, no debiera extrañarme la conducta inquieta del consejero que ha escogido usted. Si subió al Ministerio sobre el cadáver de su padre, nada tiene de particular que compre su continuación en el Gabinete con mi ostracismo político. Pero usted, amigo Félix, debe detenerse en la peligrosísima pendiente en que resbala sin remedio. Ayer confió usted la dirección del órgano político a quien atacó con más encarnizamiento al señor General Porfirio Díaz. Hoy colabora en la expulsión del que forjó la personalidad que ostenta usted. ¿Qué fin se propone con estos manejos? ¿Cree usted que por tales escalones se asciende indefinidamente? No, amigo mío; el éxito no coincide nunca con la ingratitud.

Yo me retiro de la vida pública. El pueblo sabe ya que usted se separa de Mondragón, que le sirvió con riesgo de su vida, para ligarse con Zavala Enriquez, que ultrajó cruelmente al protector, al padre de usted....

Así es la vida, así es Rodolfo, así también ha resultado usted. Pero antes de partir, a fin de que usted perciba la diferencia entre su conducta y la mía, le recordaré que el 13 de Junio, cuando escribí mi renuncia, usé en ella la palabra "Solidaridad" que usted no conoce, o que por lo menos, la olvidó, al romper, no el Pacto de la Ciudadela, sino el otro pacto, el no escrito, el celebrado

Por las desiertas avenidas de la Colonia Roma un grupo de pisaverdes, de los mismos que más tarde profanaron la estatua de Washington arrastrándola por los arroyos de la Capital, avanza silenciosamente con las pupilas cargadas de odio. El asfalto de las aristocráticas avenidas, a la luz del crepúsculo, brilla como polvo de piedra pomez. Los "chalets" caprichosos, las elegantes "villas" del barrio rico, se iluminan con extrañas claridades metálicas semejando paredes de un horno inmenso que va a apagarse. En el fondo, haciendo codo con la calle de Berlín, una casa roja parece yacer entre las otras, compungida, como avergonzada de que la hayan dejado ahí. La pequeña horda negra se detiene, propone, discute, se acalora y luego calla trágicamente, como fundiéndose en un rumor profundo de huracán que va a soltarse....

La deliberación ha sido corta:—Imaginario, los peligros; ningún hombre habita la casa; los papás, allá en Palacio, festejarán la "travesura"; la policía, además, vigila.—Cautelosamente, como si aún temieran algún peligro, aquellos primerizos bandidos, se aproximan hachón en mano y en pocos minutos el fuego invade los cuatro muros del edificio.... Con los niños en brazos, las mujeres que habitan aquella morada se arrojan a la calle

bajo la fe de lealtad con quien tuvo el gusto de romper los hierros de su caudavero y labrar el pedestal de su personalidad actual, y que hoy lo tiene sin rencores ni malos deseos, al sacrificarse obscuramente para atizar la llama agonizante de la casi muerta popularidad de usted.

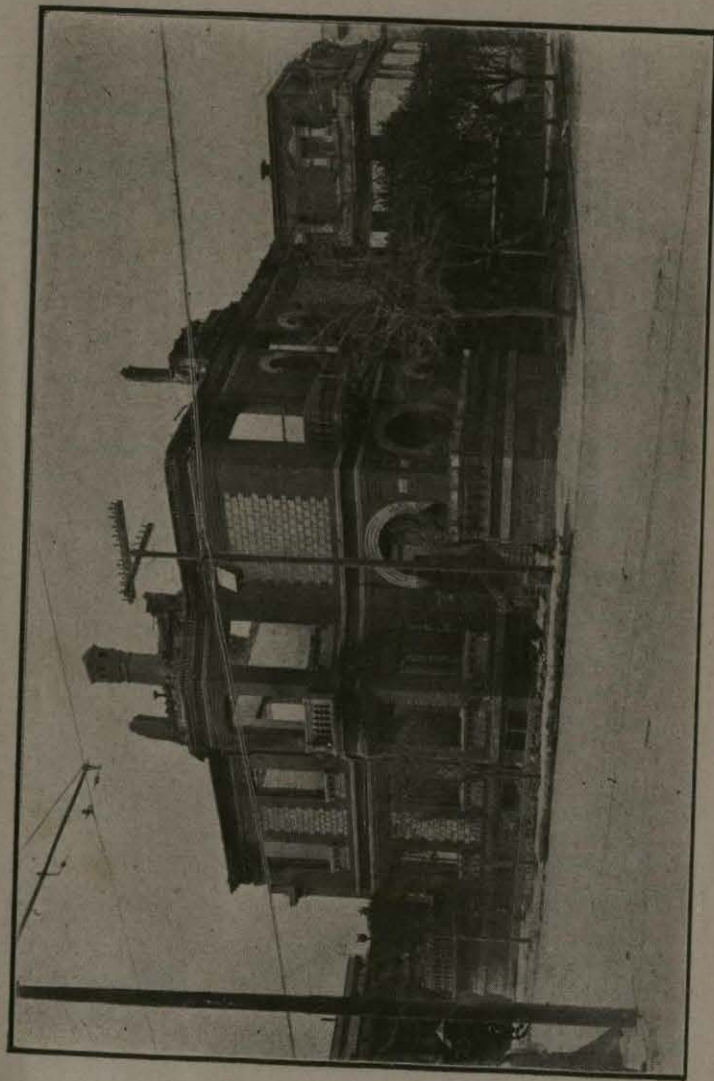
MANUEL MONDRAGON."

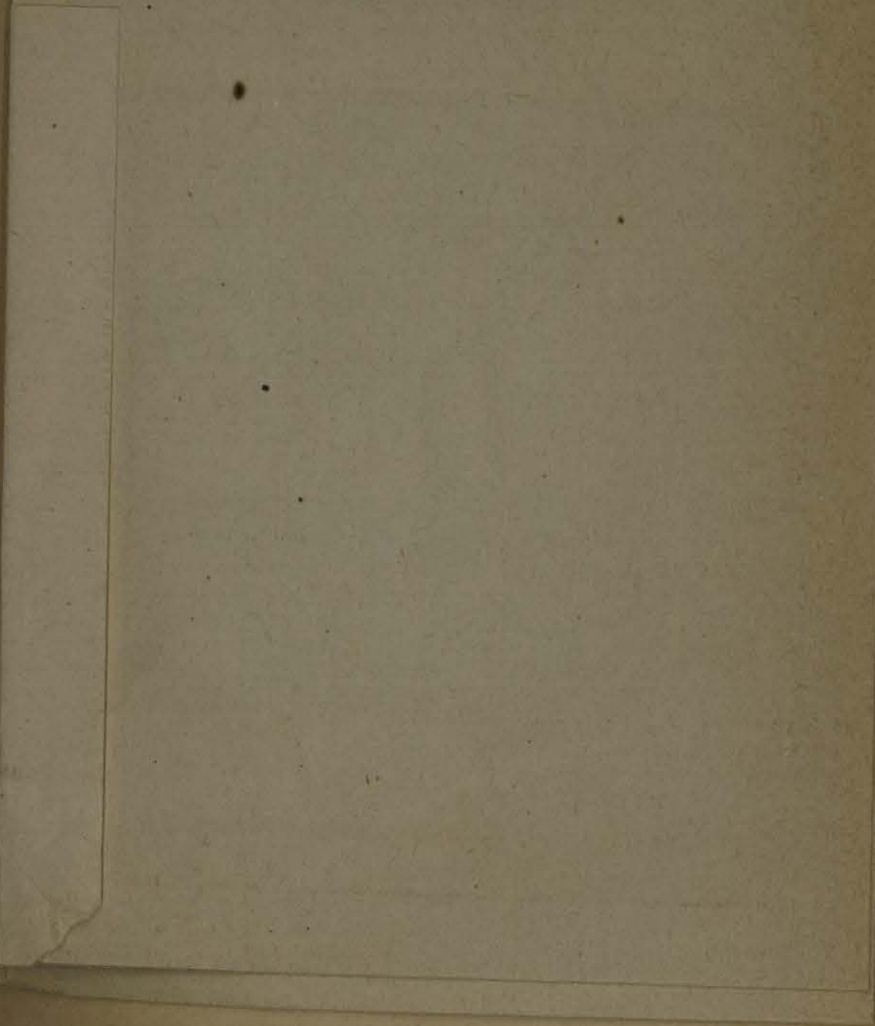
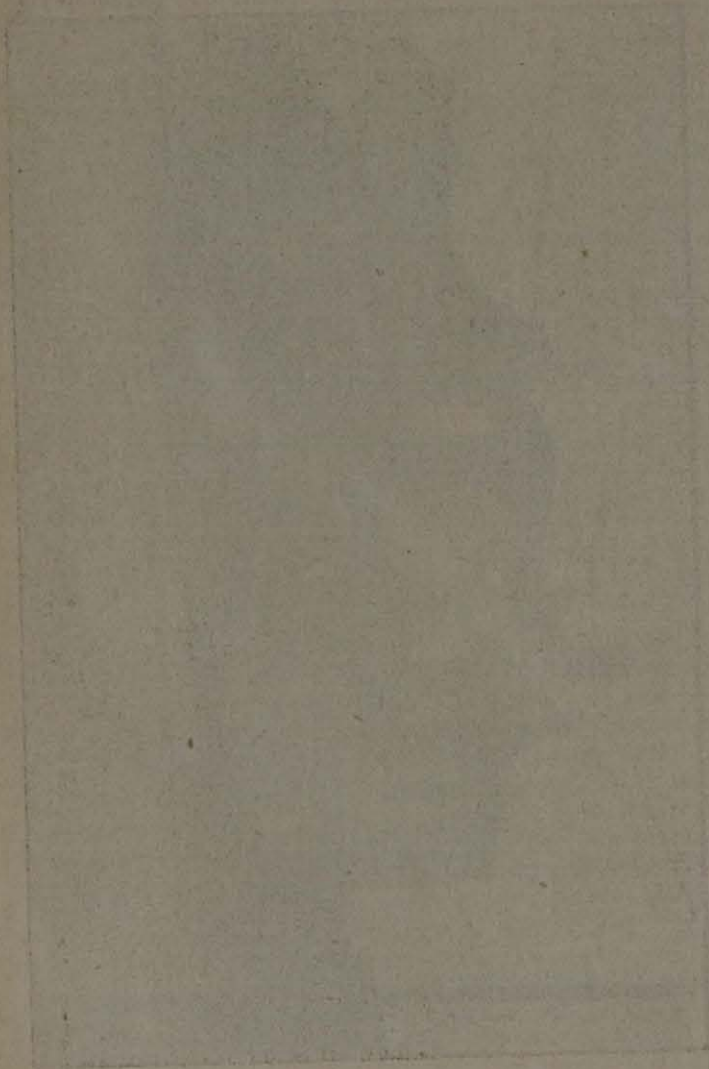
La carta, toda entera, es una amarga lamentación. Es el reproche íntimo, sin ornato alguno, del falso civismo que se ostenta en los escritos públicos. El reproche de condotiero a condotiero. La palabra "ingratitud" brilla en el texto con fulgor solar. En esta paladina confesión, está todo el secreto de aquel "negocio" que costó tanta sangre inocente. "Tú me ofreciste tal ministerio, tal chamba, y ahora permites que me lo quiten." Entendamos, pues, que estos señores tenían compromisos de "gratitud" unos con otros. ¿Qué queda por saber para juzgarlos?

locas de espanto huyen despavoridas en tanto que los elegantes incendiarios se juntan arrimándose unos contra otros, como corderos amedrentados. Las tenazas del miedo oprimen sus rodillas serviles. Implacable, vertiginoso, el fuego lo devora todo, se propaga corriendo ligero sobre los tapices, sobre los muebles, sobre las ropas, tomando colores indecibles. En la violencia de una ronda desenfrenada, sus mil lenguas vibrantes y sutiles parecen prestar a las líneas murales, por un instante, infernal belleza. Las llamas saltan de un lado a otro en dantesca fuga cada vez más luminosa y contornan los muebles que conservando a tal punto su forma, parecen tallados en granito hasta que, de repente, sus moléculas se segregan y caen en cenizas pesadamente, como por encanto. Lanzando chispas y estallidos, el techo se desploma en un crepitar sonoro.

Todo está destruído. Todo? No. Un legajo de viejos papeles yace por tierra, tan abandonado que ni el tenue viento parece moverlo. Voraz flama iba a lamerlo con mortal caricia, mas el hálito de la Providencia extinguió de un solo soplo la ardiente lengua. Los incendiarios habían huído. ¿Pero hay algo menos sencillo que *huir*? Este monosílabo contiene abismos, dijo el viejo Poeta. Todo sirve de obstáculo al que se evade. La Providencia, que salvó el legajo, retuvo los nombres de aquellos viles y los transmitió, con el legajo, á la Historia.

Entre las cenizas de aquel recinto que abrigó el sueño de una familia de patricios, la mano piadosa de un extranjero lo recogió a mitad consumido por la vecindad del horno y me lo trajo. La Providencia, lo mismo que el diablo, tiene emisarios en todas partes. Los muebles, los tapices, los santos recuerdos, ningún interés tenían para la historia. Pobres queridos papeles que parecen las alas chamuscadas de un águila que también fué paloma! Pasajes que son suspiros, frases que son lágrimas, conservan su integridad en estos fragmentos. Otros, deshechos, calcinados, teñidos de negro o de amarillo por la sutil caricia, se desincorporan al menor contacto. Pe-





10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100

Francisco J. Madero

SAN PEDRO, COAH. MEX.

4 - J M.

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100

escribi en libro; yo que en el centro
camino y en la fe que siento reconozco
el ayuntamiento de "nuestros amigos" y que en
este estado soy reconocido. Lo como jefe
por todas las que quieren trabajar, como
sentirame desahogado en mi vida y en
carera, sentir que una fuerza protaga
defienda mi trabajo y que me sustente
para el combate. ¿Podras imaginarte
cual es mi angustia?

¿Y cual es esa fuerza que me sostiene?
¿Cual era naturalmente que quien aspiraba
que yo cumpla en la misión que me
ha impuesto la Providencia?

La única que podría hacerlo, pues
si bien es cierto que no me muestra ni
las fuerzas, ni la fuerza, ni la
muerte, si me muestra desahogado a
mi padre, pues me sinagismo que el
campesino en una tierra tan arroya
sin tener la fuerza del que la
Providencia me ha como padre, sustenta

Francisco J. Madero

SAN PEDRO, COAH., MEX.

- 5 - J. M.

De tanto que me he acordado de
dijiste con tanto fervor a Dios que me
el cielo y de la reunión Republicana en mi
ayuda, a fin de que nos iluminados, a
fin de que compensados el mal que
grande que has sido dependiente de
fuerza para cumplir con la misión que
la Providencia me ha impuesto, y
a fin de que tengas valor y energía
para cumplir la misión que te
misión que en el caso de que, cuando
en mi carácter en acción, en mi deber
me del resto cuando que lleva un
placido de sus deberes, en los que
para un un momento, pues si un
la lucha debilitada por ti, fuerza y
fuerza hasta en un momento un
ya lo sabes así que cumpliendo estas
luchas por la libertad invariablemente
un espera una cosa, pero el hecho de que
no de que, la guerra que me te impone